

27. En medio de los duelos

"Hija mía, **al Señor le ha complacido recordarle, con unos días de diferencia, a tus hermanos** (Juan Bautista e Isabel de Cicé) que vivían juntos en Haldberstadt. Eran frutos maduros para el cielo, y que las largas adversidades han terminado de purificar. Si el golpe es duro para la naturaleza, la fe nos da muchos motivos de consuelo. Se le permite dar a la naturaleza unas pocas lágrimas, pero no se demore en hacer su sacrificio al Señor. Pensemos entonces sólo en dar a esas almas tan queridas todo el alivio que la Iglesia pone en nuestro poder. No puedes dudar de que yo, por mi parte, en vista a ello, haré todo lo que depende de mí. Ofrecedles el mismo dolor que sentís y, para santificarlo y hacerlo más meritorio, unidlo al del Corazón de Jesús, agobiado por la tristeza en el Huerto de los Olivos, y al de María al pie de la Cruz. Este es nuestro modelo y nuestro consuelo en nuestras aflicciones". Carta 2 a 355, 15 de diciembre de 1805.

"**Hoy es el aniversario de la muerte de mi hermana**, hace dos años. No puedo afligirme al pensarlo, pensaría que me indignaría si lo hiciera. Pensé menos en rezar por su alma que en agradecer a Dios por las gracias que le hizo, especialmente a su muerte. Usted, como ella estaba dispuesta a hacer el sacrificio de su vida (una velada alusión al encarcelamiento de A. de Cicé que se arriesgaba a morir por no querer revelar el nombre del padre de Clorivière...), una víctima del odio de los malvados contra Jesucristo., y por un acto de pura caridad. Es un gran consuelo en los últimos momentos. Creo que mi bendita hermana puede ayudarnos mejor de lo que necesita que la ayudemos con nuestras oraciones; es una muy buena amiga que tienes en el cielo, porque te ha amado tiernamente. Si hubiera llegado el momento de los consuelos para su alma, estoy convencido de que los pediría para usted. Esperemos un poco; esta tristeza se convertirá en alegría. Carta 2 a 363, 3 de enero de 1806

"**El buen Sr. Engerran se está muriendo**, si es que no está ya muerto. Ya había recibido los sacramentos y casi no había esperanza. Es uno de esos de los que se dice: "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor". Creo que hace muchos años ya había muerto para sí mismo, y que ahora vivía sólo para Dios. Fue la primera persona con la que hablé de nuestra Sociedad. Mañana, hace dieciséis años cumplidos, el día de San Vicente de Paúl, en 1790, después de haber predicado el Panegírico del Santo, lo encontré para compartir con él la luz que Dios me había dado por la mañana, sobre la Sociedad. La juzgó de Dios y me animó fuertemente a seguirlos, diciéndome que quería

unirse a mí para la buena obra. Así que estaba entre nosotros primero y de edad y estado. Recemos bien por él y, al mismo tiempo, consideremos el día de mañana como un día precioso para nosotros y recomendemos la buena obra al gran San Vicente de Paúl, para que el Señor se digne derramar sus más abundantes bendiciones sobre ella. Cuídese. Mucha confianza, paz y amor. Estoy bien, y soy en el Señor todo suyo P.J."

Carta 2a423, Viernes 18 de julio de 1806